



**PAU MIRÓ, «Mi nariz rota», publicat al suplement  
*Cultura(s)*, de *La Vanguardia*, 2011.**

Xavi tiene una cafetería en el Raval. Es un tipo muy listo, a parte de servir cortados, cafés y donuts, también da a cada cliente la conversación adecuada. Te puede hablar de política, de futbol, de perros, de teatro. Pero a mí lo que me gusta es cuando Xavi me cuenta cosas del Barrio, de la galería de personajes con los que se topa cada día. Ya hace tiempo que no vivo en el Raval, pero siempre que puedo regreso allí, especialmente a la cafetería de Xavi, a tomar café. Y a escuchar. A mi me gusta escribir a partir de ese tipo de material, de ese tipo de personajes. Personajes que son conscientes de lo jodido que está todo pero que tiran para adelante, y valoran las cosas sencillas de la vida. Los sueños están aparcados en el cementerio, ya no molestan. Y se dedican a sobrevivir con gracia.

Salgo de la cafetería de Xavi dispuesto a cazar, a robar. Doy una vuelta por las calles del Raval. Para escribir necesito moverme, animarme. Pasear me estimula, camino con los ojos abiertos y despejados, indago. Me encanta andar por la calle buscando palabras, imágenes, historias.



Insisto, es obligatorio tener los ojos abiertos, despejados, entonces empiezo encontrarme a desconocidos que sin saberlo me cuentan historias preciosas o historias desgarradoras o historias normales o historias feas o divertidas o una mezcla de todas ellas...

En cada esquina hay un cuento. En cada gesto ajeno hay un misterio. La implacable realidad está llena de magia. Son detalles que a menudo nos pasan desapercibidos, hay que rescatarlos de la indiferencia. La gente de un barrio trabajador y humilde tiene en sus arrugas muchos secretos, cuentos raros que mezclados con una mirada curiosa escriben mis obras de teatro... Les estoy muy agradecido. Como escritor intento alimentarme de cosas vivas, «para escribir hay que dejar de lado el egoísmo para disolverse en la observación y percepción de las cosas» (Walser).

Luego me pongo a escribir y la lío. Meto un asesinato o una desaparición, cosas de esas, el género me pierde. Pero procuro que la base la constituyan personajes como Xavi o como los que Xavi ve cada día a partir de las seis de la mañana en la barra de su cafetería.



El género siempre me acoge cuando empiezo a escribir, el western, el thriller, la comedia negra, la tragedia, el vodevil... Pero los personajes que habitan ese género no le son propios al género. Son sospechosos en ese contexto ajeno. Mezclo el arquetipo con el detalle, empiezo con el primero y termino con el segundo, el matiz.

Eso es lo que puedo decir de mi escritura, a parte de que procuro hacer trampas de la manera más honesta posible. Escribir teatro es hacer trampas; crear unas reglas y cuando los personajes empiezan a dominar esas reglas, dejar que las perviertan, para que el espectador se divierta/sorprenda un poco. Mi obsesión obra tras obra es no instalarme en ninguna fórmula. Es arriesgar un poco más. Nunca estoy satisfecho. Siempre consciente que debo dar un paso más y después otro, en el sentido formal y también en el contenido. Eso me acarrea algún que otro disgusto, pero sin arriesgarse o sin fracasar, nunca habría escrito textos como *Plou en Barcelona*, traducido a 11 idiomas, *Els Jugadors*, estrenado en el Piccolo de Milán y premiado con el premio Ubu en la categoría de mejor texto. También la *Trilogía Animal*, publicada en Francia y de (cruzo los dedos) futuro estreno, o *Somriure d'elefant*, una de mis



preferidas. Las que me salen más raras o más imperfectas son como mi nariz rota y torcida, trazos que me distinguen en mi aprendizaje constante.